



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Gramuglio, María Teresa

Imaginaciones de un nacionalista : Manuel Gálvez y la decadencia de la Argentina.



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Gramuglio, M. T. (2000). *Imaginaciones de un nacionalista: Manuel Gálvez y la decadencia de la Argentina. Prismas*, 4(4), 77-83. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2622>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Imaginaciones de un nacionalista: Manuel Gálvez y la decadencia de la Argentina

María Teresa Gramuglio

UBA / UNR

En 1910 Manuel Gálvez publicó *El diario de Gabriel Quiroga*. El libro llevaba como subtítulo *Opiniones sobre la vida argentina*. El doble título ponía de manifiesto la oscilación entre una forma prenovelística tradicional, el diario ficticio, y otra de fértil trayectoria en la literatura argentina, el ensayo de tema nacional. En la carrera literaria de Gálvez, después de unos comienzos en los que había predominado la poesía, *El diario...* introduce un punto de giro. Al tiempo que define la incorporación decidida a las corrientes de pensamiento nacionalista, se perfila como un texto de transición hacia las futuras novelas. Gabriel Quiroga es, en rigor, la primera creación ficticia de Gálvez, y reaparecerá como personaje en *La maestra normal* y en *El mal metafísico*. El mismo Gálvez, como autor, se colocó en los bordes de la ficción al incluirse en el texto como prologuista, editor y amigo de un personaje que era, a todas luces, su *alter ego*. Desde ese lugar ambiguo, Gálvez advertía al lector sobre la forma paradójica del pensamiento de Quiroga, sobre su “sensibilidad exquisita” y su temperamento de diletante y de artista. Con estas y otras estrategias, tendía a relativizar algunas de las “opiniones” que Quiroga afirmaba con énfasis en las entradas del diario y trataba de justificar sus flagrantes contradicciones.

En el primer tomo de sus *Recuerdos de la vida literaria* Gálvez contó que *El diario de Gabriel Quiroga* “pasó casi inadvertido”, que tuvo una tirada reducida y que nunca se reeditó. Brindó además algunos datos sobre la recepción que resultaron bastante acertados: dijo que el libro fue visto como una encarnación del “novecentismo” y como un “breviario nacionalista” (p. 308). La crítica posterior no ha dejado de trabajar sobre esos aspectos, que por lo demás están estrechamente imbricados. El espíritu del novecientos se revela en el reiterado rechazo del materialismo y en las apelaciones a valores espirituales, tradicionales y religiosos. Quien lo encarna es un sujeto cuya sensibilidad decadentista se va modelando en un itinerario trazado explícitamente en la estela de Barrès: del encierro estéril en el yo al reconocimiento de las tradiciones de la tierra y la continuidad con los antepasados; de la indiferencia del *blasé* al descubrimiento de la religión y del patriotismo. El amigo y editor Gálvez lo conigna con claridad, y sus alusiones a la obra de Barrès son transparentes:

Gabriel pudo decir como el personaje de Barrès: el esfuerzo egoísta y áspero me ha esterilizado (p. 15). Más tarde, cuando el asedio de los “bárbaros” le redujera al Yo, su despreocupación por las cosas circundantes fue total. En Europa le asaltó el recuerdo de la tierra leja-

na; y entre indecisas añoranzas... y desvanecientes melancolías de *sleeping-car* y de ciudades muertas, nacieron sus ideas de patria (p. 33).

Pese a las abundantes contradicciones atribuibles al oportunismo y a la inconsistencia del pensamiento de Manuel Gálvez, el “breviario” logró condensar los tópicos más significativos del nacionalismo cultural del Centenario, anticipó algunos del futuro revisionismo histórico y, sobre todo, reunió varios temas que tuvieron una larga proyección más allá de las empresas estrictamente culturales de los nacionalismos argentinos. Esos tópicos se desplegaban a partir de una idea que podríamos llamar clásica de la decadencia: la percepción de un presente que se juzga moralmente inferior en relación con un pasado heroico y más auténtico. La autenticidad, bastardeada por la presencia extranjera en la ciudad-puerto y en las zonas litorales, se refugiaría en las tradiciones de las provincias interiores. Sin embargo, es imposible ignorar que a pesar de la significación que fue adquiriendo en el imaginario del nacionalismo cultural, el tópico de las virtudes provinciales como reservorio del auténtico espíritu nacional resultó ser uno de los más contradictorios. Numerosas entradas del diario muestran que Gabriel Quiroga encontraba en las provincias que visitaba males aún peores que los que aquejaban a Buenos Aires. El pasado heroico, por su parte, desplazado en el presente por el culto del bienestar material, residiría en el período de las guerras de independencia, con la generosidad de su impulso libertador. Tal como quedó consagrado en las versiones más convencionales de la historia argentina, ese momento heroico se supone animado por ideales de unidad nacional que sería necesario recuperar en el presente. Y es de la mano de ese tópico que hace su aparición en el texto un motivo menos espiritual: el de la violencia.

La violencia es para Gabriel Quiroga una forma de restaurar las energías adormecidas para volver a producir aquel sentimiento de unidad nacional perdido. Hace su primera entrada en *El diario*... como un auto de fe: una purificación por el fuego, metaforizada en la quema de los rastros, un trabajo típico del campo argentino. Debemos hacer con el territorio espiritual, dice Quiroga, lo mismo que hace el agricultor, es decir:

[...] ponerle fuego por los cuatro lados. Es preciso suprimir todas las impurezas del ambiente moral, [...] limpiar la vida nacional de las malezas y las malas hierbas que crecen en su superficie; y cuando el incendio haya realizado su obra purificadora y devastadora, recién entonces quedará el país preparado para que abramos en su espíritu surcos profundos y para que sembremos ideales (p. 58).

Este incendio tan consustanciado con los trabajos de la tierra prefiguraba otros: los de las impresas anarquistas que los grupos nacionalistas llevaron a cabo en Buenos Aires en represalia por las protestas que amenazaban con perturbar los festejos del Centenario. Al final del diario, Gabriel Quiroga los celebra, porque esas violencias, realizadas por “los estudiantes [...] mientras echaban a vuelo las notas del himno patrio”, demostraban a su juicio “la energía nacional”, contribuían a socavar el materialismo imperante y, sobre todo –anota– “han vuelto innecesaria la guerra y la catástrofe que hasta hoy me pareciera de absoluta necesidad como terapéutica de caso extremo” (p. 233). Esa guerra ahora innecesaria era la guerra con el Brasil, que un par de años antes Gabriel Quiroga había propuesto en una entrada de su diario como el mejor remedio para la salvación de la Argentina.

La asociación entre guerra y nación es frecuente en el imaginario nacionalista. En sus proyecciones, la guerra moviliza impulsos agresivos a los que se supone eficaces para galva-

nizar la nacionalidad; conjura las desuniones que sumen a las naciones en estado de debilidad y conduce a una concentración de energías de la que se espera la renovación de la vida nacional. En el programa restaurador de Quiroga, los beneficios de la guerra parecen indiscutibles: despertaría ideales comunes de nacionalidad, desplazaría el materialismo, destruiría el espíritu cosmopolita, convertiría en argentinos a los extranjeros y paralizaría la inmigración. Pero más que la guerra, agregaba, visiblemente inspirado en las experiencias francesa y española de las últimas décadas del siglo XIX, la derrota. Literalmente: “el desastre”. Eso nos llevaría, concluía, a una meditación seria sobre nosotros mismos, indispensable para la regeneración de la conciencia colectiva. El elogio de la violencia se complementaba con la introducción de otro argumento ideológico que no fue exclusivo del pensamiento de la derecha nacionalista, pero sí decisivo para las futuras desgracias de la Argentina del siglo XX: la existencia de razones que justifican la violación de la Constitución –un texto reiteradamente considerado extranjero y artificioso debido a sus orígenes unitarios– y de otras normas legales de filiación liberal que hacen a los derechos individuales. Así, Quiroga no vacilará en anotar: “La urgencia de afianzar el sentimiento de la nación y los peligros de que el cosmopolitismo haga desaparecer a la república del mapa político, imponen algunas violencias que es preciso realizar aún en delito de faltar a la Constitución y a ciertos deberes humanitarios” (p. 68).

Veinte años después del Centenario, el golpe militar de 1930 fue otra de las coyunturas que activaron las reflexiones sobre los males de la nación y sus terapéuticas. Manuel Gálvez volvió a intervenir. En realidad, y el intervalo es clave para entender su decisión, lo hizo unos años después del golpe, cuando un gobierno que fingía legitimarse con elecciones ya había definido otros rumbos menos drásticos que aquellos que los nacionalistas habían esperado de la interrupción del orden institucional. En 1934 publicó *Este pueblo necesita...* La historia de ese libro, tal como la cuenta en sus *Recuerdos de la vida literaria*, es bastante ilustrativa acerca de los cruces y las vacilaciones ideológicas de esos años. Dice que en 1933 concibió una serie de diez artículos periodísticos “de carácter nacionalista decidido”, y que le habló de ellos a Eduardo Mallea. No era difícil prever los contenidos de esa serie, si se conocían las profusas colaboraciones que Gálvez escribía por entonces en *Il Mattino d'Italia* y también en *Criterio*. Estaba claro que no se trataría de ninguna apología de los gobiernos surgidos del golpe y del fraude, a esta altura ya suficientemente denigrados por los mismos nacionalistas que los habían propiciado, sino de reintroducir las demandas no cumplidas, ahora reforzadas bajo la inspiración explícita del ideario fascista. Sin embargo, gracias al interés y a la mediación de Mallea, los artículos empezaron a publicarse en *La Nación*. Después del sexto, la serie fue suspendida. Se puede suponer que el sesgo pro-fascista resultó excesivo, incluso para un diario que había publicado durante años sin inmutarse la prédica antiliberal de Lugones.

A diferencia de *El diario de Gabriel Quiroga*, estos artículos prescindieron de cualquier estrategia ficcional: quien asume la enunciación es Manuel Gálvez, y reitera que lo hace desde su condición de escritor y no como “hombre de acción”. Lo que el escritor prescribía para el pueblo era una variante de las recetas de Gabriel Quiroga, actualizadas según las fórmulas de los nacionalismos autoritarios de los años treinta, que por otra parte ya habían dejado de ser una exclusividad del fascismo: “ser joven”, “patriotismo”, “una reforma moral”, “ideales e idealismo”, “orden y disciplina”, “jerarquía”. Hay que reconocer que también en esta versión del nacionalismo autoritario de Gálvez se prefiguraba algo de lo que vendría después y a lo cual por cierto adhirió en los años cuarenta: “realizaciones y no política”, “justicia social”. Y por último, lo que en esa terapéutica no podía faltar: “un sentido heroico de la vida”.

Cuando reunió los artículos en el libro, Gálvez les agregó notas explicativas y un apéndice titulado “Posibilidades del fascismo en la Argentina”. Allí expuso con prolijidad su concepción del fascismo y reiteró la necesidad de una violencia salvadora. El último párrafo del apéndice condensa perfectamente el espíritu de esta nueva flexión, que presentaba la violencia como una cruzada anticomunista cristiana para detener el conflicto social:

Finalmente, el régimen fascista se hará necesario cuando el comunismo salga de sus guaridas y empiece a atacar con la tenacidad que le es característica. Ya está en casi todas las conciencias la idea de que no hay sino dos caminos: o Roma o Moscú. Ya nadie cree en la duración de la democracia. La guerra social comenzará tarde o temprano, y entonces, para evitar el advenimiento del horror comunista, con sus crímenes, con su satánico poder destructor, con su aniquilamiento del hombre, con su ateísmo militante, será urgente la mano de hierro del fascismo, violenta, justiciera, salvadora (p. 133).

Más allá de la reconocida articulación con esos dos momentos clásicos del nacionalismo argentino que son el Centenario y los años treinta, tanto *El diario de Gabriel Quiroga* como *Este pueblo necesita...* tienen claros correlatos ficcionales en la producción novelística de Gálvez. *El diario...* muestra, en primer lugar, una estrecha relación con los proyectos literarios. La imagen que presenta de las adormecidas ciudades provincianas, con sus músicas tristes, con su “aspecto romántico y criollo” (p. 60) y con los dramas de “aquellas pobres muchachas sentimentales que viven entre lánguidos ensueños y miserables realidades” (p. 147) contiene *in nuce* la atmósfera de *La maestra normal*. Las virtudes criollas, sin embargo, no quedaban muy bien paradas en la novela y los ensueños románticos conducían a la caída moral de la heroína. Como nadie ignora, esa catástrofe se debía tanto al clima provinciano que favorece la molicie y la predisponía a la sensualidad como a la educación carente de sólidos principios morales que había recibido en la escuela laica.

En un registro más autorreferencial, Gabriel Quiroga realizaba un balance crítico de la literatura argentina entonces existente, y anticipaba la del porvenir en los mismos términos del plan novelístico que Gálvez, en sus *Recuerdos de la vida literaria*, dice haber concebido en 1912: nuestra literatura –afirmaba Gabriel Quiroga– requeriría que se tomen como asuntos, en formas cultas, no solamente el campo y el gaucho, sino “la provincia, el suburbio, la clase media, la ciudad y en definitiva todas las expresiones de la vida nacional” (p. 197). Como es de prever, el amplio plan de Gálvez incluía también entre esos asuntos una trilogía sobre “la vida heroica”. A falta de la guerra con el Brasil que Quiroga deseaba en los años diez, a fines de los veinte Gálvez cumplió esa parte del plan con el ciclo de las tres novelas históricas sobre la guerra del Paraguay. En el comienzo de la primera, el imaginario de la guerra como motor de los sentimientos de regeneración nacional que se había anticipado en *El diario...* se despliega con entusiasmo: cuando la noticia del ataque paraguayo llega a Buenos Aires, desaparecen mágicamente las divisiones políticas entre “crudos” y “cocidos”, los tarambanas se reforman y el general Mitre alcanza una verdadera apoteosis como héroe de la nacionalidad. Sin embargo, a medida que el relato avanza, los obstáculos y los signos de destrucción se multiplican. Cuando terminan la guerra y la trilogía, casi todos los héroes han sido aniquilados o mutilados, las familias se han desintegrado y las naciones, tanto las vencedoras como la vencida, han quedado moral y materialmente destruidas. Como en una versión degradada del “triunfo del realismo”, parecería que la lógica de la ficción narrativa hubiera derrotado las imaginaciones bélicas del nacionalista.

En el primer artículo de *Este pueblo necesita...* Gálvez registró otra irrupción, esta vez reciente, de la energía heroica en la vida nacional, pero no dejó de señalar que ese despertar fulgurante había sido efímero:

Hubo una vez, sin embargo, en que los argentinos experimentamos una conmoción violenta. Fue un latigazo que nos despertó. Esto ocurrió cuando la revolución del 6 de septiembre de 1930. Vencedores y vencidos, el pueblo entero, parecían transformados. Todos pensábamos en dedicarnos al trabajo que ennoblece, en abandonar los placeres sensuales, en ser sinceros y viriles [...] Pero esto no duró ni un mes. Al cabo de unos días caímos en el escepticismo de siempre, en los placeres de siempre, en la inactividad de siempre. Los que esperábamos de los nuevos gobernantes cosas nuevas fuimos, en gran parte, defraudados. [...] La ráfaga de heroísmo pasó. Y volvió el argentino a su mediocridad espiritual y moral de siempre (pp. 12-13).

Esta parábola de entusiasmo y decepción con el golpe de 1930 es la clave que articula la imagen de la Argentina en *Hombres en soledad* (1938). En la reconstrucción retrospectiva que hizo en los *Recuerdos...* Gálvez se refirió a ella como “la novela de la soledad espiritual” y borró cualquier referencia a la función estructurante del golpe militar para la composición del relato y las trayectorias de los personajes. Sin embargo, ese libro es todavía hoy un testimonio valioso sobre ese momento: no porque las cosas hayan ocurrido efectivamente así como son narradas, sino porque la transparencia ideológica de la construcción ficcional permite captar cómo percibía Gálvez la vida política y cultural de esos años y cuán escasas habían llegado a ser sus expectativas de una regeneración moral de la nación.

Los materiales ideológicos de *Este pueblo necesita...* –incluida la apología de la violencia en clave netamente fascista– permean el discurso de varios personajes, pero se condensan brutalmente en el de uno de nombre significativo: Block. No es otro *alter ego*, pues a diferencia de Gálvez, que no cesaba de proclamarse únicamente escritor, Block es, a la vez que un portavoz del discurso fascista, un hombre de acción. Ante el fracaso de las expectativas que había depositado en la “revolución”, se suicida: la alusión a Lugones es bastante evidente. Pero más allá de la intención referencial en que parece sustentarse ese episodio, el suicidio de Block inscribe en la dimensión simbólica otro fracaso: el de la solución fascista que el mismo Gálvez había predicado en *Este pueblo necesita...* para restaurar la energía nacional cuya decadencia el golpe había sido incapaz de revertir. Con todo, la de Block es solo la más extrema de las trayectorias que muestran la frustración de las promesas de regeneración que el golpe había suscitado. Porque *Hombres en soledad* narra varias historias, que involucran desde una visión de la alta sociedad porteña y sus lacras hasta una imagen del campo literario, y que incluyen representaciones de la vida familiar, de la política, de las prácticas religiosas, de las relaciones entre los sexos. En todos los órdenes de las actividades de los personajes principales, sean políticas, intelectuales, familiares, amorosas o económicas, se cumple la misma parábola: una breve primavera de entusiasmo y un pronto retorno a la inercia. En el lapso de pocos meses, los proyectos se abandonan, las relaciones familiares se deterioran, las situaciones de ruina económica se agravan, y todo se vuelve degradación e irrisiones.

Como en ninguna otra novela de Gálvez desde *El mal metafísico*, en *Hombres en soledad* abundan los personajes escritores y los episodios vinculados con la vida cultural. Más todavía: hay una representación del campo literario según las jerarquías en el interior del campo mismo y las posiciones que ocupan los escritores en relación con el mundo social. Por eso

no es casual, desde el punto de vista de la construcción ficcional de la autoimagen del escritor, que uno de los pocos que queda a salvo de la común degradación que padecen los personajes sea un austero novelista, Pedro Roig, éste sí otro *alter ego* ideal que toma el relevo de Gabriel Quiroga. Y como en muchas otras novelas de Gálvez, hay también en esta otra comunidad emblemática que opera como figura de la nación: es la familia, algo bastante comprensible en un nacionalista católico de derecha. Pero en consonancia con las visiones que hacen del presente un tiempo de caída en comparación con el pasado virtuoso, en las historias narradas en *Hombres en soledad* se asiste a la disolución de las relaciones familiares en todos sus niveles, sean conyugales, filiales o fraternales.

Además de la decepción política y la soledad que ahogan tanto la vida literaria como la vida familiar, un tercer gran tema atraviesa la novela: el del viaje a Europa. En una de sus variantes, es el viaje de la clase alta al París del pecado y de los placeres materiales; en la otra, es el viaje espiritual a la Europa de las viejas ciudades, con sus iglesias y sus museos. Nostalgia de Europa y deseo del viaje son leit-motivos que movilizan a todos los personajes, pero más que a ninguno a Claraval, el protagonista, un abogado y escritor fracasado. Hacia el final, el relato va acumulando sobre él los signos de la caída material y moral: abandono de los proyectos profesionales y literarios, deshonor familiar, fracaso de su matrimonio, ruina económica, descenso social. En la última escena, el sueño del viaje espiritual a Europa queda rebajado a un paseo en lancha por el Riachuelo con una amante, para colmo divorciada. Este final disfórico de la peripecia privada confiere a la crisis del treinta una proyección que atraviesa todos los órdenes de la vida nacional. Es así como *Hombres en soledad* ficcionaliza puntualmente la decepción con el golpe militar anticipada en *Este pueblo necesita...* Con esto contribuyó eficazmente, desde la narrativa, a la construcción de la imagen tradicional de la “década infame” que prosperó a partir de los primeros balances críticos que formularon los nacionalistas.

Más allá de eso, confirmó que para la imaginación de un nacionalista católico como Gálvez, ni las virtudes de la Argentina profunda supuestamente conservadas en las provincias, ni el despertar de las energías convocadas sea por la guerra, sea por el golpe o por las violencias de corte fascista – como tampoco más adelante las esperanzas de justicia social despertadas por el peronismo– lograrían regenerar a una nación que en estas ficciones resulta siempre condenada a una decadencia irreversible. Si bien se mira, en las novelas de Gálvez –y a las ya mencionadas habría que agregar *El uno y la multitud*, la novela sobre la emergencia del peronismo, y la póstuma *La gran familia de los Laris*– las únicas soluciones imaginarias a los conflictos reales de la nación terminaron siendo aquellas estrictamente individuales que brinda el catolicismo: los que ingresan en la vida religiosa alcanzan la salvación de sus almas, pero la nación no se salva. □

Bibliografía

Obras de Manuel Gálvez

El diario de Gabriel Quiroga, Buenos Aires, Moen, 1910.

La maestra normal, Buenos Aires, Nosotros, 1914.

El mal metafísico, Buenos Aires, Nosotros, 1916.

Los caminos de la muerte (Escenas de la guerra del Paraguay, I), Buenos Aires, La Facultad, 1928.

Humaitá (Escenas de la guerra del Paraguay, II), Buenos Aires, La Facultad, 1929.

Jornadas de agonía (Escenas de la guerra del Paraguay, III), Buenos Aires, La Facultad, 1929.

Este pueblo necesita..., Buenos Aires, A. García Santos, 1934.

Hombres en soledad, Buenos Aires, Club del Libro, 1938.

El uno y la multitud, Buenos Aires, Alpe, 1955.

Recuerdos de la vida literaria, Buenos Aires, Hachette, 1961-1963.

La gran familia de los Laris, Buenos Aires, Eudeba, 1973.

Sobre Manuel Gálvez

Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “La Argentina del Centenario. Campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos”, en *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Norma Desinano, *La novelística de Manuel Gálvez*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras de la UNL, 1965.

María Teresa Gramuglio, “Guerra y nación. Los nacionalismos europeos de fin de siglo en el proyecto de Manuel Gálvez”, en *Encuentro de dos mundos entre dos fines de siglo (Actas del I Congreso Internacional de Literatura Francesa y Francófona)*, Rosario, Facultad de Humanidades y Artes de la UNR, 1998.

Tulio Halperin Donghi, “¿Para qué la inmigración?”, en *El espejo de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

Adolfo Prieto, “Gálvez, una peripecia del realismo”, en *Estudios de literatura argentina*, Buenos Aires, Galerna, 1969.

Alain Rouquié, “La genèse du nationalisme culturel dans l’oeuvre de Manuel Gálvez (1904-1913)”, en *Caravelle*, 19, 1972.